

Inflación y desempleo: dos pesadas cargas sobre las espaldas de los trabajadores

Durante las últimas semanas han proliferado declaraciones de funcionarios del gobierno, dirigentes obreros y voceros empresariales acerca de la carestía y la desocupación: unas, de carácter descriptivo; otras, interpretativas, llegando al diagnóstico; e incluso, algunas son retomadas en los programas de acción frente a la crisis. A fin de tener una idea de ellas, de sus rasgos comunes y principales diferencias, resumiremos algunas de las más significativas.

La interpretación oficial de la inflación no incluye la delimitación de sus causas, origen y consecuencias; cuando se refiere a ella, la supone un dato dado, universal e inevitable. La generalidad de las explicaciones apenas si tocan la superficie de la problemática. Cuando se aventuran hipótesis respecto a las condicionantes de la inflación, se hace referencia a la crisis internacional, a desajustes financieros y monetarios, a la falta de escrúpulos de los comerciantes que con la especulación encarecen los productos, a problemas de consumo. Es decir, se pretende desviar la atención hacia contradicciones secundarias y oscurecer la explotación en la medida que se oculta el proceso productivo.

Esto, que de por sí es grave, lo es aún más cuando las explicaciones convencionales se dirigen hacia la delimitación de la política a seguir. Por ejemplo, se reconoce que la inflación será mayor al aumento de los salarios; se afirma abiertamente que el deterioro registrado en el poder adquisitivo de los trabajadores no será compensado; pero sí se señala que uno de los requisitos más importantes, si no el único para frenar la inflación, es la moderación de las demandas salariales, las que a su vez deben de corresponder ya no al aumento de precios, sino al incremento de la productividad en cada empresa, lo que contribuye a una mayor dispersión, a la acentuación de las diferencias entre los obreros que laboran en distintas empresas, profundizando la división y la fragmentación del movimiento obrero; se subraya que la salida a la crisis es el aumento de la productividad, que incrementará la oferta disminuyendo así la inflación.

Pero al lado de rasgos comunes que parecen conformar una política integrada, unitaria, se advierten ciertas diferencias, algunas de ellas significativas. Quizá la más representativa es la que surge con relación al problema del aumento de los precios. Mientras que los funcionarios públicos señalan que sería enfermizo no autorizar aumentos de precios de los artículos bajo control oficial, a fin de no desarrollar conflictos con los productores, los dirigentes del movimiento obrero oficial, lejos de lo que podría pensarse, no han demandado

aumentos de salarios y se han limitado a demandar reducción de precios, mayor responsabilidad a los altos funcionarios, a calificar los aumentos de abusos de los comerciantes, a caracterizar la falta de seriedad de los empresarios y no pocas veces han dado rienda suelta a un radicalismo verbal, que a menudo concluye con nuevas promesas empresariales de ahora sí no aumentar los precios, repitiéndose la escena aunque cada vez con menor eficacia en el propósito de canalizar el descontento del movimiento obrero.

Por su parte, los empresarios señalan que es difícil contener el alza de los precios en los productos de consumo popular, en especial en los alimenticios, lo que explican por dos razones básicas: la demanda es mayor que la oferta, y la descapitalización de estas ramas que más severamente sufrieron el impacto de la devaluación. Lo anterior no les impide sumarse al escenario, prometiendo mantener el precio de los productos. ¡El prometer no empobrece!

El problema del desempleo que enfrenta la clase trabajadora en la situación actual alcanza proporciones alarmantes. En el discurso de toma de posesión del presidente de la República se afirma que a corto plazo se crearían varios miles de nuevos empleos para paliar tal problema. Pero lo cierto es que, a unos meses de iniciada la actual administración, el desempleo es hoy mucho más impresionante, pues, según declaraciones recientes de sectores empresariales, se estiman en 9 millones el monto total de desempleo y subempleo.

No parecen existir cuantiosos puntos de acuerdo en cuanto a la explicación de los orígenes y causas del desempleo entre los diversos sectores que se analizan. Sin embargo todos ellos concuerdan con dos cuestiones centrales. El desempleo abarató la mano de obra, a la vez que presiona a los trabajadores ocupados y favorece el pago de salarios bajos. De otro lado, la mayor parte de las explicaciones atribuyen el problema del desempleo a elementos secundarios, evadiendo las causas de fondo. Así aparecen explicaciones que lo interpretan como producto del crecimiento demográfico: otras, el retraimiento de la actividad agropecuaria; incluso se ha llegado a culpar a los errores de gobiernos anteriores, etcétera.

¿A qué obedece la inflación y el desempleo? En la actual fase que recorren las economías capitalistas la inflación es un rasgo permanente, es un medio a través del cual los monopolios acrecientan sus ganancias, por medio de dos mecanismos: la reducción del salario real y la transferencia de utilidades de las pequeñas empresas a los monopolistas a través de los precios. Los mecanismos crediticios, fiscales y monetarios por sí solos no explican la inflación. Éstos son un instrumento importante del capital monopolista, para estimular la demanda de bienes y servicios, acelerar y expandir el crecimiento inflacionario y al mismo tiempo mantenerlo bajo cierto control, es decir, constituyen un mecanismo de regulación de la inflación.

A su vez, el desempleo es una característica immanente de las economías capitalistas, que para subsistir como tales requieren de un ejército de desocupados que amortigüen la demanda de mano de obra y ayuden a mantener un bajo nivel de salarios. Por ello no es de sorprender el qué en la década

de los sesentas se creaban el 50 por ciento de las plazas que se requerían, ahora sólo se cubre el 30 por ciento. Lo anterior significa que si bien el desempleo y la inflación son características permanentes, ello no implica que sean inmutables; por el contrario, estos graves desajustes se agudizan en momentos de crisis como el que atraviesa la economía nacional. Por ejemplo, en los últimos meses buena parte de la industria no sólo no ha logrado crear ni uno de los 300 mil empleos que se habían propuesto, sino que además a la masa de desempleados y subempleados, hay que agregar tanto la población joven que se incorpora a la fuerza de trabajo como los despedidos por ajustes que, según algunas cifras, alcanza cerca de 500 mil trabajadores en el Distrito Federal. Lo anterior, sin duda, debilita la capacidad de negociación de la clase obrera y favorece las acciones represivas a las demandas de los trabajadores. El recrudecimiento de viejas prácticas se expresan en la remoción de trabajadores y dirigentes disidentes y en la de control de direcciones sindicales charras, tal como ha sucedido en algunas secciones del SUTERM, IDA, SNTE, STPRM, etcétera.

Las estimaciones acerca de la inflación tampoco son halagüeñas, a pesar de que se reconoce que el poder adquisitivo del salario mínimo ha disminuido en un 48 por ciento —según cálculos más conservadores— se prevé un aumento no mayor del 12 por ciento en los salarios mínimos.

La política laboral para salir del *bache* está fijada: aumento de la explotación a fin de estimular la inversión. ¿Por cuánto tiempo soportarán los trabajadores esta carga?

A juicio del dirigente del Congreso del Trabajo, Napoleón Gómez Sada, por el tiempo que dure la recesión, unos dos años no lo sabemos...

Pero ¿corren la misma suerte las grandes empresas? Evidentemente no, como lo afirman estudiosos de la materia, los grandes comercios han aumentado considerablemente sus utilidades en los últimos sexenios y en forma especial en el reciente, sobre todo en lo que se refiere a la industria química, la minería y el turismo.

En este contexto, cabe preguntarnos ¿está verdaderamente interesado el gran capital en acabar con la inflación y el desempleo, como lo ha venido señalando?

A nuestro juicio, la respuesta es indudablemente negativa, lo que interesa es evitar que la desocupación y la carestía rebasen ciertos límites tolerables, lo que podría traducirse en conflictos sociales graves que cuestionen la legitimidad del régimen. Por tanto, el objetivo es controlar estos fenómenos y no eliminarlos.

Así pues, el interés real del capital monopolista a este respecto puede resumirse en:

Aprovechar el aumento del desempleo, para que el mercado de trabajo sea todavía más desfavorable para los asalariados, pues, como afirman los empresarios parafraseando la consigna yanqui, el sector obrero comprende que no hay salario más bajo que el que no se tiene.

Descargar las consecuencias de la inflación en los trabajadores e incluso sobre ciertos sectores de las capas medias y de la mediana y pequeña empresa, aprovechando su capacidad para influir en los precios.

Aumentar la productividad del trabajo, a través de diversas medidas, como son: el impulso al trabajo a destajo; becas para la especialización del trabajo; reducción del tiempo de elaboración de los artículos, con presiones de los "mandos intermedios"; reorganización técnica y administrativa, etcétera.

Todas estas medidas tienden a una sobreexplotación del trabajador, pues, como señalamos arriba, el aumento de la producción en los actuales momentos de crisis no descansa en el crecimiento de la capacidad instalada.

Para la clase trabajadora, la situación se vuelve más difícil, sus direcciones oficiales estrechan cada vez más su vínculo con el capital monopolista, con la consiguiente debilidad sindical política de los trabajadores.

Mientras esto perdure no será posible desarrollar una opción democrática a la crisis actual y futura del país, y los trabajadores seguirán llevando la carga principal.

Jueves 6 de octubre de 1977

Alfredo Camhaji Samra